

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (2º Samuel 7, 1-5.8b-11.16): *Dispondré un lugar para mi pueblo.*
Salmo (88, 2-3.4-5.27 y 29): *«Cantaré eternamente tus misericordias, Señor»*
2ª lectura (Romanos 16, 25-27): *«Todos llegarán a la obediencia de la fe.»*
Evangelio (Lucas 1, 26-38): *«Alégrate llena de gracia.»*

«*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*». Con este anuncio de favor divino el mensajero de Dios garantiza al destinatario que la tarea que se le confía podrá realizarla. Y nadie sino sólo el Señor es quien puede avalar este anuncio, ya que ni siquiera su mensajero puede excederse en su función como ocurrió en el caso de Natán, el profeta que por su cuenta respondió al rey David: “*Ve y haz lo que piensas, pues el Señor está contigo*”. Fue el mismo Señor quien corrigió al profeta con un nuevo mandato para el rey: «*Ve y dile... Así dice el Señor*». La fuerza del mensaje radica en que no es del profeta o del ángel sino del Señor. Entonces sí tiene fuerza y validez el mensaje pues es Dios mismo quien habla a través de su enviado.

En el caso del ángel Gabriel la iniciativa divina queda manifiesta, ya que es el propio Dios quien le envía, expresamente, a comunicar a la virgen María que el Señor la ha favorecido eligiéndola para una tarea extraordinaria. Su tarea es realizar históricamente esta presencia de Dios en la humanidad. María percibe de forma concreta lo difícil que le resulta esta tarea hasta el punto de manifestar su profunda turbación.

Con esta actitud María deja claro que ella sola ni sabe ni puede realizar esta tarea, pero el ángel le garantiza que no va a estar sola ya que el favor de Dios la ha colmado con su presencia y por tanto no debe temer ya nada. Será esa presencia divina la que cubrirá cualquier temor o deficiencia que una criatura humana (José, su prometido) pudiera tener o sentir ante la excepcional tarea que Dios le confía. El Espíritu Santo, el vigor del Altísimo, fecundarán el seno virginal de María, y así su hijo será Hijo de Dios. En ningún momento María se vio falta de esa presencia de Dios en ella. Siempre el Señor estuvo con ella y de esa compenetración plena entre lo divino y lo humano nació Jesús de Nazaret, Emmanuel, Dios con nosotros, garantía histórica de la presencia viva de Dios entre los hombres.

A nosotros los cristianos se nos invita a celebrar esta presencia viva de Dios, mantenida oculta durante muchos siglos y finalmente manifestada en este nacimiento del Hijo de María. Esta celebración se hace fecunda y enriquecedora si consideramos que la presencia de Dios, el hecho de que Dios está con nosotros, nos facilita la tarea que se nos ha confiado a cada uno, por más temores y deficiencias que encontremos en su desarrollo. Vivir el día a día con la conciencia de que Dios está con nosotros y gozamos de su favor, nos hace sentirnos más fuertes y capaces de arrostrar las situaciones más adversas; ya que, el aguantar esa cruz, lejos de separarnos del Señor, nos recordará que Él mismo ya la soportó y la convirtió en instrumento salvífico.

Estamos acabando un año de catástrofes: incendios, terremotos, inundaciones, guerras..., ataques a este sistema de muerte más que de vida que intenta mantenerse, pero sin cambiar nada. Y, con eso y con todo, se han presentado las Navidades de siempre. Las del turrón y los villancicos, la de las reuniones familiares, las de la lotería y “*que haya salud*” porque no ha salido premiado nuestro número en el sorteo. Con todo esto es difícil ver un horizonte luminoso para la vida de todas las personas.

Dios se fija en los débiles: María, Rut, David, la sunamita, etc. La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está plagada de personas elegidas por Dios, o por su hijo Jesús, para llevar la historia de salvación hacia adelante. Por eso lo tenemos claro, buscar y encontrar al Dios que salva (Jesús) lo tenemos que hacer desde nuestra propia debilidad y vulnerabilidad en compañía de la gente más sencilla y más comprometida con la vida de las personas sin recursos; porque no los tienen o porque les han sido arrebatados.

Cuando la llegada de un evento se anuncia a bombo y platillos, dispone a las personas de una manera determinada para lograr el efecto que se pretende. Diferente es, si el anuncio llega en una suave brisa, en el sonido del agua que baja de la montaña, en la mirada del anciano cuando nos acercamos a cuidarlo. Todos estos signos despiertan en cualquier persona de bien una gran acogida interior que despierta en nosotros lo mejor de nosotros mismos.

¿Coincide nuestro ideal de mujer actualmente con la presentación que hace el evangelio de María o funcionamos poniendo en las imágenes de María nuestras proyecciones ideales de mujeres que ni existen ni existirán porque son mujeres de ficción? La mujer María que nos presenta el evangelio de Lucas es una mujer normal, del pueblo de Nazaret que ha hecho una opción en su vida en relación con el Dios del pueblo. Desde la obediencia de esa fe, acoge la participación personal en el cumplimiento de esa promesa.

Dios se ha fijado en nosotros y así nos lo planteamos: ¿qué ha visto Dios en mí que hace que yo me sienta elegido, para llevar adelante el proyecto de Reino de Dios? Cuando cualquiera de nosotros respondamos “*sí*” a la propuesta que Dios nos hace, y nos dejemos afectar por los ancianos, los niños, los trabajadores precarios, las tierras del sur, los sin techo, etc. y no nos enroquemos en unas Navidades repetitivas, consumistas y transitorias, que duran lo que las fiestas y no dicen nada a nuestras vidas de cada día. Entonces sí será feliz Navidad.